



MÉTODO PARA DAR GRACIAS DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Gratias Deo super inenarrabili dono ejus.

«Gracias sean dadas á Dios por su don inefable.»

EL momento más solemne de la vida es aquel en que damos gracias después de la Comunión. En estos momentos tenemos á nuestra disposición al Rey de cielos y tierra, á nuestro Juez y Salvador, dispuesto á concedernos todo lo que le pidamos.

Consagrad, si podéis, siquiera media hora para darle gracias, ó por lo menos un cuarto de hora. Lo mejor sería, en caso de necesidad, abreviar el tiempo de la preparación para prolongar el de la acción de gracias. ¿Pues qué tiempo podéis hallar más santo y más saludable que aquel en que poseéis á Jesús en cuerpo y alma?

Es tentación muy frecuente la de abreviar el tiempo dedicado á la acción de gracias. El valor de este tiempo lo conoce bien el demonio, y la natura-

leza y el amor propio temen á los frutos que en este tiempo podemos alcanzar. Fijad, pues, el tiempo que habéis de emplear en este santo ejercicio, y no lo abreviéis sin motivo suficiente.

Es la acción de gracias absolutamente necesaria para que una obra tan santa como es la Comunión, no degenera en simple práctica piadosa. Sería no tener corazón, ni saber apreciar el valor de la obra que hacéis, si después de recibir á Nuestro Señor no sintierais afectos que manifestarle, ni conocierais los motivos que tenéis para darle gracias.

Acaso digáis que no estando vuestra alma acostumbrada á la contemplación, no sabéis conversar interiormente con Él. Pero advertid que no es preciso haber llegado á un estado de vida espiritual muy elevado para conversar interiormente con Dios después de la sagrada Comunión. Si tenéis buena voluntad, Dios os hablará en vuestro interior, y vosotros entenderéis sus palabras.

La mayor de las desdichas es dar la sagrada Comunión con mucha frecuencia á las almas carnales que apenas saben distinguir lo sagrado de lo profano. A estos cristianos carnales dadles la comunión por Pascua y en las principales fiestas, pero no permitáis que comulguen con frecuencia. ¡Terrible es la cuenta que nosotros, directores de almas, habremos de dar el día del juicio! Para mostraros hasta dónde puede llegar el abuso de comulgar sin dar después las debidas gracias, os diré que he conocido una parroquia en la cual se había establecido la práctica de comulgar frecuentemente; todas las fiestas de la Santísima Virgen se celebraba una Comunión general. Pero aunque el comulgatorio se llenaba de fieles, apenas se concluía la Misa, todos ellos

se salían á la plaza que había delante de la iglesia, y allí se pasaban horas enteras en conversación. No; jamás es lícito establecer ni permitir la Comunión frecuente en tales circunstancias, porque el permitir la sería desconocer el respeto y decoro que conviene á este Sacramento. No tienen tiempo los fieles para dar gracias, y si lo tienen para entretenerse en inútiles conversaciones. ¿Es esta la manera de concebir nuestra obligación?

Seamos, pues, muy fieles y aun escrupulosos en esta materia.

I

Cuando hayáis introducido á Jesús en vuestro pecho; cuando le hayáis puesto en el trono de vuestro corazón, quedaos algunos momentos recogidos interiormente sin decir oraciones vocales; adoradle en lo íntimo de vuestro corazón, prosternaos en espíritu á los pies de Jesús, como Zaqueo, como la Magdalena, como la Santísima Virgen, y contempladle poseídos de admiración á vista de su amor.

Proclamadle Rey de vuestro corazón, esposo de vuestra alma, y poned atento oído á su voz. Decidle: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.»

Poned vuestro corazón á los pies de vuestro divino Rey... Ofrecedle vuestra voluntad, pronta á cumplir sus mandatos; consagrad todos vuestros sentidos á su divino servicio.

Encadenad vuestro espíritu á su trono para que no se extravíe; ó más bien, ponadlo bajo sus pies para que Jesús le oprima y lance de él el orgullo y la frivolidad.

Mientras sintáis vuestro espíritu recogido y tran-

quilo en la presencia del Señor, permaneced así postros en su presencia. Este recogimiento es el dulce sueño del alma en el seno de Jesús; más aprovecha el alma con esta gracia que la nutre y la une tan suavemente con su Amado, que con cualquier otro ejercicio.

II

Pasado este estado de recogimiento, debe el alma empezar los actos de acción de gracias, uniéndose á los cuatro fines del santo sacrificio.

Adorad á Jesús, que está sentado en el trono de vuestro corazón; besad con respeto sus divinos pies, sus augustas manos; reclinad en su corazón, abrasado en amor á vosotros; exaltad su omnipotencia; ofrecedle las llaves de vuestra morada, como homenaje de adoración y de absoluta sumisión; decidle que es vuestro Señor y que vosotros sois sus siervos, dispuestos á servirle en todo.

Dadle gracias porque os ha honrado y amado tanto, porque os ha dado tantos bienes ahora que le habéis recibido. Alabad su bondad y el amor que nos tiene á nosotros, pobres pecadores. Invitad á los ángeles, á los Santos, á su divina Madre á alabar, bendecir y dar gracias á Jesús por vosotros. Dadle gracias vosotros, uniéndoos á los actos de acción de gracias amantísimos y perfectísimos de la Santísima Virgen María.

Llorad vuestros pecados á sus pies, como la Magdalena; el amor penitente siempre siente necesidad de llorar, y nunca se tiene por exento de las deudas de gratitud. Hacedle protestas de vuestro amor y fidelidad; sacrificad vuestros afectos desordenados,

vuestra negligencia y pereza en hacer aquello que os cuesta algún trabajo.

Pedidle la gracia de no ofenderle, declarando que preferiais mil muertes antes que cometer un solo pecado.

Pedid cuanto queráis, que este es el momento de la gracia. Jesús está dispuesto á daros todas las cosas, incluso su mismo reino, y le agrada que se le ofrezca ocasión de hacernos beneficios. Pedidle el reino de su santidad para vosotros y para vuestros hermanos; pedidle que su caridad llene todos los corazones.

Pedid por nuestras necesidades de cada día.

Pedid por el triunfo de la fe, por la exaltación de la Iglesia, por la paz, y porque Dios envíe sacerdotes santos á los pueblos, fervorosos religiosos á la Iglesia, y fieles adoradores de Jesús en la Eucaristía.

Pedid por la propagación del reino eucarístico de Jesús. Rogad por la conversión de los pecadores, sobre todo por la de aquellos que mas de cerca os tocan, y por todos los que se han encomendado á vuestras oraciones.

Pedid á Dios, por último, que todos los hombres conozcan, amen y sirvan á Jesús.

Antes de salir de la iglesia ofrecedle un ramillete de amor; es decir, algún sacrificio que os propongáis hacer durante el día.

Por último, decid algunas oraciones por la intención del Sumo Pontífice, con intención de ganar las indulgencias que puedan ser ganadas comulgando en este día; y aplicadlas por las ánimas benditas, sobre todo por las que más han amado á Jesús.

Durante el día sed como vasos que hubieran contenido algún bálsamo precioso; como Santos que hu-

bieran pasado algunos momentos en el cielo, y no os olvidéis que habéis sido visitado por Jesús...

III

El mejor modelo de acción de gracias es María cuando recibió en su seno el Verbo encarnado. Así, el mejor medio de recibir á Jesús en la comunión de un modo grato á sus divinos ojos y fecundo en gracias y virtudes, es adorar á Jesús, presente en nuestro corazón, uniéndonos á María.

María empezó indudablemente á adorar á Jesús en aquel solemne momento, haciendo un acto de humildad, de anonadamiento de todo su ser en presencia de la soberana majestad del Verbo, á vista de la elección que Dios se había dignado hacer de su humilde sierva, bajo el peso de tanta bondad y tanto amor para con ella y para con todos los hombres.

Este debe ser, pues, el primer acto, el primer sentimiento de adoración después de haber recibido á Jesús en la Eucaristía. Tales fueron los sentimientos de Isabel cuando recibió á la Madre de Dios, que le llevaba al Salvador del mundo, oculto aún en su seno: *Unde hoc mihi?* ¿De dónde á mí esta dicha que no merezco?

El segundo acto de María debió ser de gozoso agradecimiento á la inefable é infinita bondad de Dios para con los hombres; un acto de humilde reconocimiento por haberla escogido á ella, su digna y dichosa esclava, para hacerle esta señalada gracia. El reconocimiento de María se manifiesta en actos de amor, en alabanzas y bendiciones: María exalta á la divina bondad, porque el reconocimiento es todo esto; ésta es la expansión del amor en la persona de

quien se ha recibido el beneficio. El reconocimiento es el corazón del amor.

El tercer acto de la Santísima Virgen hubo de ser un acto de consagración, la ofrenda, el don de sí misma y de toda su vida para servicio de Dios: *Ecce ancilla Domini*; un acto de pesadumbre de ser tan pobre, de valer y tener tan poco con que servir dignamente á Dios.

La Santísima Virgen se ofrece á servirle según su divina voluntad, haciendo cuantos sacrificios plegue á Dios imponerle, dichosa de agradarle á este precio y de corresponder de este modo á su amor á los hombres en la Encarnación.

El último acto de María fué sin duda de compasión de los pobres pecadores por cuya salud tomó carne el Verbo divino. María supo interesar á la infinita misericordia de Dios en favor de los pecadores, y se ofreció á expiar en lugar de ellos, á hacer penitencia por ellos á fin de obtenerles el perdón y la gracia de la conversión á Dios.

¡Qué dicha la mía si llegara á adorar al Señor como le adoraba su bendita Madre! — A poseer á Jesús como María le poseyó en la Eucaristía. Dadme ¡oh Dios mío! por madre á esta fiel adoradora; haced que participe de su gracia, de ese estado de continua adoración al Dios á quien ella recibió en su purísimo seno, verdadero cielo de las virtudes y del amor.

¡Plegue á Dios que pase yo todo el día en unión con María, y que, como ella, sólo viva para Jesús presente en mi corazón!





LA EXTENSION DE LA ENCARNACION

Verbū in caro factum est.
«El Verbo se hizo carne.»

(JOANN., I, 14.)

I

LA Encarnación del Verbo en el seno purísimo de María nos anuncia la Eucaristía. Este sol hermosísimo de las almas, á las cuales ha de vivificar y regenerar, ha nacido en Nazareth y llegará al medio día en el santísimo Sacramento, que será el término del amor de Dios acá en la tierra. El grano de trigo divino ha sido sembrado hoy en las purísimas entrañas de María. En ellas germinará y madurará, y después será molido y convertido en pan eucarístico. De tal manera está ligada la Encarnación con la Eucaristía en el plan divino, que las palabras de San Juan pueden traducirse diciendo: «El Verbo se ha hecho pan». *Verbum caro*, *Verbum panis*. Todas las circunstancias del misterio de la Encarnación fueron gloriosas con relación á María; así todo es glorioso con relación á nosotros en la sagrada Comunión; este Sacramento nos hace partícipes en la gloria y en el honor de la Santísima Virgen.

El prólogo del misterio de la Encarnación sucede

entre el ángel y la Virgen. El ángel anuncia á María este misterio y le pide su consentimiento.

El ángel que nos llama á la Comunión es el sacerdote, es la Iglesia por medio de su ministro; ¡Qué dicha la nuestra! La Iglesia es la reina, y los ángeles la sirven; es la esposa, y por lo mismo no sólo nos anuncia al Verbo eucarístico, sino que lo lleva consigo y nos lo da. María no creyó la palabra del ángel sino en cuanto esta palabra se fundaba en el prodigio que él mismo le anunció; pero nosotros podemos creer á la Iglesia por su palabra. La iglesia es nuestra madre; nosotros somos sus hijos, y de esta madre no se desconfía preguntandole: Este pan ¿es verdadero pan? ¿No me daréis piedras en lugar de pan? La Iglesia habla, y nosotros la creemos por su palabra. Además puede dar pruebas de la misión que ha recibido de Dios, como el ángel las dió.

El anuncio de la Eucaristía es, pues, glorioso para nosotros, como fué glorioso para María el mensaje en que el ángel le anunció la admirable Encarnación del Verbo divino.

II

Fué condición para que se realizara la Encarnación, la virginidad de María; que Dios quiso que su madre fuera virgen, y esperó por espacio de cuatro mil años á que estuviera preparado este tabernáculo para recibirle. El Espíritu Santo descendió, pues, á María, preservó su virginidad y la hizo fecunda, y el misterio se obró. De tal manera quiso Dios la virginidad en su plan divino, que la primera promesa que hizo de la redención se la hizo á Eva cuando ella era todavía virgen.

A nosotros nos pide Dios la pureza de corazón, que es la vida del alma. Además nos exige, pues no poseemos virtudes dignas de Él, que nos lleguemos á recibirle con profundo respeto y sincera humildad.— Señor, no soy digno de que entréis en mi alma: apartaos de mí, que soy un miserable pecador. Tales sentimientos suplirán la falta de otras virtudes; con sólo esto se contenta el Señor; lo que nos falta, Él nos lo dará cuando venga á nosotros. Tengamos fe, humildad y confianza, que el Señor hará lo demás.

En prueba de la verdad de su misión, el ángel comunicó á María el prodigio de la fecundidad de Isabel: «Porque para Dios no hay nada imposible,» añadió.— Así el alma que era estéril como Isabel, se tornará fecunda como ella, con sólo creer y recibir el manjar que da la fecundidad. La sagrada Comunión os hará producir en un solo día más frutos para la gloria de Dios que todos los que pudierais producir sin ella durante toda vuestra vida.

Pero en medio de todas estas grandezas que el ángel muestra á los ojos de María, esta bendita madre sólo ve su propia flaqueza y su propia nada. Este es, pues, nuestro modelo: miserables criaturas somos, siervos indignos de las miradas de Dios... Mas puesto que Él se digna llamarnos y escogernos, digamos con María: «Hágase en mí según tu palabra.»

El mismo misterio que entonces se obró en María, ese mismo se ha obrado ahora en nosotros: en el momento de la Comunión, la Eucaristía es verdaderamente la extensión de la Encarnación, la continuación de este incendio de amor cuyo foco es la Santísima Trinidad, que abarca la naturaleza humana, en general, en el seno de María, pero que no tiene toda su fuerza extensiva sino uniéndose á cada uno de los homi-

bres: en María el Verbo se une á la naturaleza humana; en la sagrada Comunión se une á cada uno de los hombres en particular.

Sin duda bastara para que fuéramos redimidos, con que el Verbo se hubiera unido con una sola criatura humana: quería ser sólo en padecer, en expiar en su cuerpo y en su alma, y morir por todos en el exceso de su amor. Pero cuando esta humanidad fué triturada y llegó á ser fuente de toda justificación, Jesús la convirtió en su propio Sacramento, que Él mismo ofrece á todos los hombres para que todos puedan participar de los méritos y de la gloria de aquel cuerpo que había tomado en las entrañas de María. Ahora nos basta recibirle, y recibéndole poseemos todavía más que la Santísima Virgen, pues poseemos el cuerpo glorioso, ya resucitado, del Salvador, señalado con los estigmas del amor, signo de su victoria sobre las potestades de este mundo.

¡Qué maravilla! ¡Recibir en la Comunión todavía más que lo que María recibió en la Encarnación! María sólo llevaba en su seno el cuerpo pasible del Verbo; pero nosotros recibimos su mismo cuerpo impasible y celestial; María llevaba al Varón de dolores, pero nosotros llevamos al Hijo de Dios coronado de gloria. Nosotros le recibimos de una manera más consoladora: cada día que pasaba, veía la Santísima Virgen que transcurría y se disminuía el tiempo durante el cual había de poseer á Jesús en sus purísimas entrañas, y al cabo de nueve meses fué separada del divino cuerpo de Jesús; pero nosotros podemos renovar todos los días nuestra dicha, y recibir y poseer constantemente, hasta el fin de nuestros días, al Verbo eucarístico.

... Cuando el Espíritu Santo formó el cuerpo de Jesús

en las entrañas de la Santísima Virgen, dotó á su augusta Esposa de los más preciosos dones: el Verbo le dió su gloria, y todas las virtudes en un grado inaudito hasta entonces. Si este misterio se hubiera obrado muchas veces en María, la Santísima Virgen habría recibido otras tantas veces esta magnífica dote.

Pues esto es lo que nos sucede á nosotros: siempre que recibimos la sagrada Comunión, Nuestro Señor viene á nosotros con todas sus gracias y dones: no se cansa de enriquecernos incesantemente. A semejanza del sol que todos los días sale con nueva hermosura, Jesús viene siempre á nosotros tan hermoso y tan glorioso como si no hubiese de venir más que una sola vez.

Verbum caro factum est. El Verbo se hizo carne: esta es la gloria de María. El Verbo se ha hecho pan: esta es nuestra gloria. Nuestro Señor se dió una vez para satisfacer sus ansias amorosas, y se da incesantemente para alimentar el fuego infinito y siempre nuevo de su amor. La limosna que nos hace en los dones de la gracia es harto poco para contentar su corazón: tórnase don, se hace pan, y la Iglesia nos distribuye este divino pan. ¿Acaso pudo hacer más? ¿Pudo ir más allá en el amor? ¿Pudo asemejarnos más á su Madre Santísima, no en dignidad y en virtudes, sino en la efusión de su amor, más grande al parecer en el don que nos hace, que en el don que hizo á María? Mas la Santísima Virgen supo reconocer las gracias que había recibido de Dios: amémosle, pues, como ella le amó, ya que participamos del honor de María.

